

SECCIÓN CULTURAL
EL MÉXICO QUE YO VI

INOUE TERUKO

Traducción del japonés
Silvia Novelo

DESDE EL MES DE ABRIL de 1981 hasta marzo del año siguiente, tuve la oportunidad de radicar en México en calidad de profesora invitada por El Colegio de México. Yo no soy especialista en estudios latinoamericanos, ni tenía ningún conocimiento previo sobre la sociedad o la cultura de aquel país, y apenas si sabía unas cuantas palabras del español de México. Fue así que mi vida allá se vio constituida por una larga serie de hallazgos y sorpresas. Fueron muchas las ocasiones en que me sentí confundida por no haber estado familiarizada con las costumbres mexicanas. Gracias a que no viajé sola, sino que fui acompañada por mis dos hijos, creo que, para bien o para mal, pude relacionarme más profundamente, tanto con la sociedad como con los mexicanos. Después de sólo un año de estancia, y dentro de los límites del mundo con el cual establecí contacto, trataré de poner en orden todo cuanto pensé y sentí acerca de la sociedad y la cultura en México.

Una sociedad que custodia su vida por sí misma

Una de las razones por las que creo que valió la pena ir a México ha sido, primero, haber tenido la experiencia de conocer lo que puede ser llamado "la vida original" del ser humano: por ejemplo, su relación con la naturaleza. En Japón, que ha avanzado extremadamente en cuanto a control por el hombre y a civilización de la máquina se refiere, con frecuencia tendemos a olvidar la existencia de la naturaleza. En México, sin embargo, lo natural todavía permanece. No estoy hablando aquí del desierto, los bosques o el mar aún no contaminados: lo que quiero decir es que en la vida de los individuos, sea de

manera armoniosa o bien con violencia o como una amenaza, lo cierto es que la cara de la naturaleza hace su aparición.

Por ejemplo, en junio del año pasado se produjo un incidente en nuestra casa. En México, durante la temporada de lluvias, suele llover todos los días, y lo que es peor, es tal la cantidad e intensidad del agua que frecuentemente me recordaban a los tifones en Japón. Una noche nuestra casa se inundó a causa de uno de estos aguaceros. Al principio sólo goteaba, pero, poco a poco, la fuerza y la cantidad aumentaron en tal forma que no había cubos ni palanganas que alcanzaran. En poco tiempo, desde el tragaluz del techo comenzó a llover a cántaros hasta que toda la planta baja quedó anegada. En el cuarto en tinieblas, debido a una falla eléctrica, madre e hijos, calzando botas para el agua, desconcertados, simplemente nos dedicamos a esperar a que la lluvia cesara. Pasadas más o menos dos horas, dejó de llover. Entonces, para consultar a la casera acerca de las medidas que resolverían el problema, me dirigí a su casa, ubicada dentro del mismo lote. La señora, que contaba con cerca de sesenta años, sin alterarse (más tarde supe que la casa en que yo vivía había sufrido inundaciones varias veces antes), me dijo que me mostraría la causa de la inundación y salió caminando a paso ligero. Entonces se quitó los zapatos y, colocando una escalera de mano casi vertical al piso, subió con agilidad hasta la azotea. Como yo no había trepado nunca por una de estas escaleras, me quedé inmóvil durante un rato, pero como desde arriba ella me apuraba, me llené de valor y también subí. Lo que la casera me mostró fue un montón de hojas secas. La causa de todo había sido que cuando la hojarasca se amontonó sobre el canalón que conduce el agua de lluvia, el tragaluz de nuestra casa había tenido que hacer las veces de bajada pluvial. Y era así que, de vez en cuando, había que subir hasta la azotea y hacer la limpieza del canalón, me dijo la señora. Por supuesto, como yo no soy capaz de rales acrobacias, nada hice. Y ahora que lo pienso, la razón de que no haya habido inundaciones posteriores fue que, sin duda, la señora hizo la limpieza en algunas ocasiones.

A la mañana siguiente, y durante la mitad del día, todo fue secar el agua, cambiar los muebles, sacar clavos para levantar la alfombra y despegar el bajo-alfombra inundado. Lo cierto es

que esta serie de trabajos que hicieron nuevamente habitable la planta baja los llevamos a cabo entre la señora y yo. Además de que en México la gente que se dedica a colocar alfombras y a hacer reparaciones rara vez aparece, la señora era bastante poco espléndida, de modo que no fue sino hasta fines del verano que la alfombra otra vez quedó instalada. Por supuesto, para nosotros el incidente de la inundación no fue en absoluto agradable, pues aparte de que mientras llovía estuvimos angustiados adivinando lo que seguiría, y de que el comedor, que estaba en la planta baja, no pudo ser usado el resto de aquel día, los niños sufrieron rasguños todo el tiempo, durante varios meses, con los clavos que habían quedado salidos. Por otro lado, cada vez que llovía, no nos dejaba el temor de volver a sufrir una nueva inundación.

Una sociedad que muestra más la cara de los individuos que reglamentos y oficios

El prototipo de vida que aún prevalece no es sólo aquel que se relaciona con el desafío a la naturaleza: lo mismo ocurre con la forma en que se relaciona una persona con otra al seguir los reglamentos de un pacto o contrato. En Japón ya han caído en el olvido los mecanismos de desarrollo de sistemas y reglamentos, pero estando en México continuamente los recordaba: los reglamentos de tránsito, por ejemplo. En Japón, casi sin mirar el movimiento de los automóviles, tenemos la costumbre de transitar guiados sólo por el semáforo, y si lo respetamos no corremos el riesgo de ser arrollados. Si acaso sucede un accidente, el que ha respetado el semáforo implícitamente sabe que será indemnizado en forma satisfactoria. En México, por el contrario, las circunstancias son diferentes: aunque uno obedezca al semáforo, no se tiene garantía de que por algún lado no salga un automóvil a gran velocidad. La idea es, según se dice, "si logras ignorar al semáforo, has llegado a ser un buen conductor". Y si alguna vez ocurre un accidente, aunque el semáforo le haya dado la razón, no pasa de que la víctima juzgue que fue la mala suerte. Por ello, tanto peatones como conductores, en realidad avanzan después de ver el movi-

miento de vehículos y de personas. Me atrevería a decir que el semáforo es considerado sólo como un punto más de referencia.

En Japón, el tránsito marcha en orden, de acuerdo con el semáforo, y ciertamente son pocas las situaciones caóticas. Aún así, no puedo dejar de pensar que la situación actual es anormal, pues al tener demasiada confianza en el semáforo el japonés se está convirtiendo en una especie de robot.

Lo mismo sucede con respecto a la policía. En Japón, un oficial de policía cuenta con la confianza del público al menos como representante de la ley, y si por azar comete algún delito o participa en un accidente de tránsito, la noticia ocupará grandes espacios en los periódicos, convirtiéndose en una escandalosa denuncia por conducta impropia. Sin embargo, en México la cosa es completamente diferente, pues resulta casi inimaginable buscar protección en una patrulla cuando se quiere estar a salvo de la violencia o el delito. Frecuentemente se oye decir que por las noches, si se camina sólo, existe el peligro de ser asaltado y "desplumado" por una patrulla, o quizá ser raptado o sufrir una violación. Los japoneses que vivimos en las ciudades hace tiempo que hemos olvidado cosas como ésta y para mí representaron un hecho que revivió sentimientos relativos a la civilización y a la naturaleza. La vida en Japón no nos permite experimentar cosas tales como fallas en la luz, etcétera, y tendemos a olvidar el valor de la electricidad o a ser indiferentes ante el impresionante poder de la lluvia. Instalar el equipo básico para vivir con relativa comodidad, encargando las reparaciones a un especialista, conocer la estructura de una canaleta o la forma de colocar una alfombra con nuestras propias manos es algo que se va alejando de nuestra existencia. Sin embargo, en México, ya que este tipo de problemas ocurren con frecuencia, al tiempo que se enfrentan las violentas sacudidas de la naturaleza, se tiene la sensación de que la vida depende de uno mismo. Viviendo en tales condiciones, los seres humanos hacen gala de gran ingenio para contrarrestar a la naturaleza con energías propias.

El hábito de velar de la vida propia por sí mismos está presente en todos los terrenos de la sociedad mexicana. Algo que me causó especial admiración fue el uso que aún se hace de

los remedios caseros. A pesar de su juventud, la muchacha de veintidós años que venía a ayudarme dos veces a la semana conocía muy bien estos remedios. Cuando mi hija tuvo bronquitis, ella pasó la plancha caliente por una hoja de periódico que le colocó en el pecho y en la espalda. La hizo acostar y le hizo comer rebanadas de limón bañadas con miel. También nos enseñó que para controlar las diarreas era muy eficiente la infusión conocida como té de manzanilla. Esto no sólo se limitaba a ella: en México casi todas las familias conservan en botes yerbas medicinales secas que cuando se ofrece el caso se hierven y beben con buenos resultados. Así es que los enfermos, en vez de acudir al médico, por lo regular se curan en casa. Si bien es cierto que las instituciones médicas no son muchas y que la consulta resulta muy cara, lo cual puede ser un importante motivo para que la gente se abstenga de visitarlas, también es cierto que las enfermedades se intentan curar con rezos o que se contrate a un brujo o hechicero para practicar exorcismos, etc. Sin embargo, la actitud que fundamentalmente asumen las familias de velar ellas mismas por la salud de sus miembros es un ejemplo a seguir, pues los japoneses somos muy propensos a recurrir al médico y a sentirnos a salvo atosigándonos de medicamentos.

Como los salarios de los burócratas y policías son bajos, muchos son los que tienen que recurrir a ingresos extras conocidos como "mordida". A la mínima excusa (por ejemplo, una ligera infracción de tránsito, etc.) se exige una "mordida" y es por ello que la policía no cuenta con la menor confianza. Pero, aun así, no se la detesta: los oficiales de policía son como cualquier hijo de vecino; si una joven agraciada va caminando por la calle, voltean y le lanzan un beso, o si tienen sed detienen la patrulla y, mientras toman algún refresco, se dedican a conversar. Hasta mis hijos, cuando por las mañanas esperaban el autobús de la escuela, con frecuencia eran saludados con un "¡Hola!", o por las manos de alguien que les sonreía desde una patrulla. Después de todo, los oficiales de la policía son también seres humanos, y es este aspecto humano, más que su oficio de policías, lo que básicamente nos muestran. Otro ejemplo lo constituyen los precios de los artículos en los mercados, que no están establecidos de antemano: el precio se

fija en función del estira y afloje, del regateo. En cuanto al procedimiento burocrático de las oficinas de gobierno, las reclamaciones difieren de acuerdo con el arreglo a que se llegue en función del día y la persona; aquellos que atienden en los bancos y en las oficinas de correo, a menudo se dedican a paladear alguna golosina o a enfrascarse en una conversación, ignorando la presencia de los clientes que esperan en la fila. Es innumerable la lista de casos como éstos. El hecho de que el juicio, el tacto, el estado de ánimo y la capacidad de negociación de cada individuo tengan mayor autoridad que las normas, los reglamentos, los oficios y el sentido del deber, forma parte de la sociedad mexicana. Desde el punto de vista de nosotros, los japoneses que estamos familiarizados con el sistema burocrático representado por una serie de reglamentos y papeles, que excluyen, en la medida de lo posible, la arbitrariedad individual, esta costumbre mexicana nos hace sentir inseguros, por la arbitrariedad misma y la gran ineficiencia. Pero, aun así, en muchas ocasiones pude sentir en México el aspecto humano que se ha perdido en Japón. Algo que noté fue que las cosas simples y verdaderas confirman que aquellos que elaboran los reglamentos, fijan los precios y desempeñan un cierto oficio son humanos, y que esas reglas, precios y oficios no pueden darse sin una presencia o remanente humano.

Una sociedad en la que es evidente la desigualdad en el reparto de la riqueza

Siempre que caminaba por las calles de México, me inquietaban las figuras de los limosneros. Envolviendo a su bebé en un largo chal, el rebozo, o a veces cargando a un niño enfermo en sus brazos, mujeres de rostro inánime piden limosna sentadas en el suelo. Las vendedoras de chicles y chocolates parecen gozar todavía de cierta salud. Los cilindrereros recogen, medio por la fuerza, unas cuantas monedas de la gente que forma fila a la espera del autobús. En cuanto el semáforo enciende la luz roja, jóvenes vendedores y vendedoras de kleenex, periódicos y flores, hacen su aparición entre los automóviles. Cierto es que a todas luces, a juzgar por sus facciones y sus figuras, se trata de

gente de origen indígena, que lleva ropa no muy limpia sobre sus enflaquecidos cuerpos. Al mirar la suciedad de sus pies y de sus manos se infiere que hace ya varias semanas que no toman un baño. Inconscientemente trataba de no mirarlos, pero siempre los encontraba en todas partes, mientras pensaba: "¿Tendrán un lugar en dónde vivir?, ¿qué harán para conseguir los alimentos?"

De acuerdo con la escritora Elena Poniatowska,¹ estos "golondrinos y marías", alrededor de 1976, emigraban del campo a la ciudad a razón de mil por día, incluyendo hombres y mujeres, y para 1978 la cifra anual había llegado a los 780 mil. Seguramente en la actualidad su número es aún mayor. Tanto unas como otras, no teniendo qué comer en sus empobrecidos pueblos, parten a las ciudades en busca de empleo, aunque en México no sea fácil encontrar un sitio de trabajo. Lo primero entonces es dedicarse a oficios como los que acabo de mencionar.

En poco tiempo, los que logran una estabilidad relativa, con empleos fijos tales como conductor de autobús o taxi, cocinero o mesero, obrero o sirvienta en la casa de alguna familia de la clase media, pasan a constituir la inmensa clase popular de la ciudad de México. Su vida en las ciudades perdidas ha sido descrita en detalle en las obras de Oscar Lewis *La cultura de la pobreza* y *Los hijos de Sánchez*, que datan de 1950, año en que el antropólogo estadounidense, que radicaba en México, terminó de reunir el material. Han transcurrido ya más de treinta años, y la vida de la gente de clase baja prácticamente no ha cambiado.

No tuve oportunidad de visitar las casas de vecindad del área urbana, pero gracias a un amigo mío, que es corresponsal, pude conocer las ciudades perdidas de la periferia de la ciudad. Por otro lado, en varias ocasiones fuimos invitados por Cecilia, la muchacha que venía a ayudarme en la limpieza, a visitar su casa, la cual, al contrario de las de las ciudades perdidas, era excepcionalmente amplia y ordenada. Pero eso no significa que se tratara de una clase diferente sino que constituía una prolongación de la vida de las ciudades perdidas.

¹ En el libro *Fuerte es el silencio*, capítulo "Ángeles de la calle" (N. del T.).

Dentro del terreno en que se ubicaba la casa de Cecilia vivían los parientes más cercanos, tanto de ella como de su marido: en total había algo así como diez pequeñas casas. De todas ellas, la mejor era la de los padres del esposo, la "casa de la abuela", la más grande y la mejor ubicada, en el centro de las demás. Siempre que éramos invitados por Cecilia, nos instalábamos en la "casa de la abuela", que es de una sola planta, está hecha de tabique y cuenta con dos pequeños dormitorios, cocina y cuarto de baño sin agua corriente. En la entrada hay una angosta sala similar a un corredor. Por supuesto, dentro de la casa no hay retrete; la letrina, que se esconde tras una cortina y es de uso común para todos los que viven en el mismo terreno, está alejada unos cuantos metros. Frente a la casa se encuentra el grifo de agua corriente, y es allí donde se lleva a cabo el lavado de la ropa y la loza. De allí mismo se acarrea el agua que habrá de usarse para el baño. En lo que a electricidad se refiere, en el techo de cada cuarto pende un foco desnudo. En la "casa de la abuela", tal y como corresponde a una persona próspera, hay, por supuesto, un televisor, un tocacintas y hasta una calculadora. También existe un automóvil, que se usa por turnos. La vajilla, más o menos surtida, alcanza para cinco o seis personas a la vez. La madre de Cecilia, que habita también en el mencionado terreno, no tiene cubiertos. En México, son muchos los que comen envolviendo los alimentos en una tortilla de maíz, lo que evita tener que usar cuchillos o tenedores. Al mismo tiempo entre las familias de escasos recursos, las piezas de la vajilla son pocas, y es común que en cuanto alguien termina de comer lave su plato para que éste vuelva a ser usado. La clase popular, que comprende desde los que viven en las ciudades perdidas hasta familias del tipo de la de Cecilia, constituye el grueso trapecio que yace en la base de la pirámide de clases sociales.

Por encima de esta clase popular está la clase media. La casa en la que nosotros vivíamos estaba situada en una elegante calle del sur de la ciudad. En la primavera del año pasado (1981), con la excusa de "conservar el ambiente circundante", fue levantado el asfalto de la calle entera y sustituido por adoquín. A veces, en medio de la calzada crece un árbol y, al pie pasto. La superficie de cada casa es lo suficientemente grande

como para que pueda establecerse una empresa, una escuela o un hospital. Desde afuera nada se ve, pues todas las casas se ocultan tras altas bardas. Como junto a la puerta de entrada no existen letreros con el nombre de los residentes, y a veces hasta falta el número del domicilio, suele ser difícil adivinar cuándo se trata de una casa particular y cuándo de una escuela. Cada casa cuenta con sirvientes, sean de planta o que vienen cada día. En las casas adineradas, además de dos o tres empleadas, hay un jardinero y un encargado del cuidado y mantenimiento del perro y de los automóviles. Si en la calle se llega a tropezar con una persona de tipo indígena, si no se trata de un vendedor ambulante, seguramente es un sirviente. Es difícil encontrarse con gente blanca caminando por la calle (generalmente salen en automóvil), y si la hubiera, se puede suponer que se trata de algún señor o señora del vecindario. Es raro ver a un niño jugando afuera: los niños juegan en el jardín de la casa. Los jardines son amplios y cuentan con un lugar específico para guardar los automóviles. Son muchas las casas de concreto de dos pisos, y cada uno de los miembros de la familia cuenta con su propio dormitorio y cuarto de baño; la cocina, el comedor y hasta el recibidor son muy amplios. El mobiliario suele ser antiguo, con piezas magníficas. Por ejemplo, mi casera, de una familia aristocrática en decadencia, estaba orgullosa de su vajilla con el nombre de la familia grabado, así como de su sofá estilo rococó. Esta clase de familias disfrutaban los fines de semana haciendo excursiones por los alrededores de la ciudad o celebrando fiestas. Más o menos una vez al mes realizan viajes de un par de días. En Japón no se puede disfrutar de un refinamiento tal dentro de la clase media, por lo que agradezco a los colegas de la universidad la oportunidad que me dieron de asomarme a este tipo de vida.

Además, puede decirse que por encima de esta clase media existe una clase alta. Desafortunadamente no tuve la oportunidad de conocerla. Sin embargo, se dice que esta clase alta suele tener en su mucho más amplio terreno una piscina al lado de la residencia. Ellos viajan constantemente a Europa y a Estados Unidos, por lo que en México son conocidos como el *jet set*. Su ropa y accesorios suelen ser en su mayoría europeos o americanos.

En la ciudad de México, cada día puede sentirse la enorme diferencia entre los "golondrinos y marías" de la clase popular y aquellos que forman parte del *jet set*: desde la extrema pobreza hasta la extrema riqueza.

Una sociedad que antepone la familia

Alguna vez, Kamishima Jirō² dijo que en el fondo de la modernización de la sociedad japonesa existía una estructura social conocida como "el principio de la soltería": el hombre común que, aun teniendo familia, no la atiende. Como si fuera soltero, dedica su vida a la nación y al trabajo. Indudablemente, el juicio de Kamishima es una crítica a este tipo de sociedad, por lo que propone un cambio orientado hacia la familia. Ciertamente, si observamos a Japón desde lejos, nos podemos dar muy clara cuenta del escaso lugar que la familia ocupa dentro de la sociedad japonesa. Desde mi punto de vista, en la sociedad mexicana, a la inversa, los lazos familiares son fundamentales. Por ejemplo, si un hombre es elegido Presidente de la República, su esposa se convierte (de inmediato) en presidenta de alguna corporación pública, el hermano en Secretario de Estado y la hija en directora de algún centro nacional de investigación. De la misma manera, cuando una mujer consigue empleo como sirvienta en alguna casa, logra que su tía, su hija o su sobrina trabajen en la casa de la hermana de su patrona; para cualquier reparación o trabajo de pintura que se haga necesario, recomendará al esposo, al hermano o al sobrino; por decirlo de alguna manera, todos y cada uno de los miembros de una familia se van enlazando entre sí, desde el Presidente de la República, en lo más alto, hasta la sirvienta, en la parte inferior. La consecución de un empleo o la promoción de una persona en el trabajo estructuran a la familia: la premisa es formar parte de una familia. La situación familiar frecuentemente penetra hasta en las oficinas privadas o públicas, y en las escuelas. Lo que voy a relatar a continuación es algo

² Destacado sociólogo japonés contemporáneo que ha publicado varias obras sobre el sistema matrimonial en Japón y los problemas del campo y la ciudad (*N. del T.*).

que aconteció cuando yo asistía a clases de español en la universidad. El motivo por el que la joven maestra de conversación llevaba a su pequeña de tres años consigo se resumía en la queja de "no poder contar con una buena niñera". En una ocasión, además de la hija, llevó al sobrino, que le había sido encomendado por una semana; ese día, la escuela a la que el niño asistía "se había quedado sin agua". "Ésa también es una justificación mexicana...", nos decía la maestra casi lamentándose. La profesora de gramática era una señora ya mayor a quien yo tenía en alta estima, pues, además de ser una profesora competente que había escrito ya varios libros de texto, era feminista, y tenía una hija que asistía a la misma universidad. De cuando en cuando, su hija irrumpía en el aula en mitad de la clase para hablar de quién sabe qué con la madre o sólo para pedirle dinero. En tales ocasiones, la madre no perdía la serenidad en absoluto, interrumpía la clase, hablaba con su hija, y después de entregarle el dinero, dirigiéndose a los alumnos, nos decía: "Ésta es la sexta y la menor de mis hijos, y también la consentida".

En la escuela de posgrado en la que yo trabajaba, con la excusa de sentirse mal por el embarazo, por enfermedad de sus hijos o por un viaje familiar, etc., las oficinistas siempre faltaban. En México, la racionalización no ha avanzado gran cosa y, a causa de las ausencias, el retraso que sufren los trabajos de oficina son muchos. (Yo misma, cuando se retrasó la renovación de mi visa, temí no poder regresar a Japón conforme a lo programado). Sin embargo, los japoneses somos los únicos que nos irritamos y enojamos por ello: una gran mayoría contempla las demoras en los trámites de oficina sin la menor preocupación. Una de las razones por las que los problemas del hogar son llevados a los lugares de trabajo es que muchas de estas mujeres tienen marido e hijos. Sin embargo, la principal razón es que la sociedad mexicana, en su totalidad, sin distinción de sexos, concede gran importancia a la vida familiar.

En México no está muy desarrollada la industria restaurantera, por lo que, en general, las tres comidas se hacen en la propia casa. Poco después de la una de la tarde, tanto el metro como los autobuses se hallan congestionados de gente que

regresa a su casa para comer, y desde más o menos la una y media hasta las cuatro de la tarde, tanto oficinas como comercios permanecen cerrados por la hora de la comida. A los mexicanos les gustan las fiestas, pero también estas fiestas, a diferencia de la costumbre japonesa de alquilar un salón de reuniones (excepto en raras ocasiones), se realizan en casa. Como casi no se venden platillos preparados, la familia se dedica a la elaboración de ya sea una comida sencilla o de todo un banquete, con el agravante de que, también a diferencia de Japón, la carne y demás alimentos se vende en trozos grandes, lo que prolonga el tiempo de su preparación. Hay que agregar que, como entre la clase media no están muy difundidos artefactos eléctricos tales como aspiradoras, lavadoras e incluso ollas, es mucho el tiempo que se dedica a los quehaceres domésticos, aunque no todos sean realizados por la señora de la casa, ya que tanto las sirvientas como otros miembros de la familia toman parte. De todas maneras, la cantidad de trabajo que un ama de casa debe supervisar es grande; como el promedio de hijos es de 6.9 (censo de 1976), también la carga de la crianza es pesada. La mujer hace las veces de pivote dentro de las relaciones familiares. Salvo las amas de casa de la clase alta, que pueden dejar el manejo de las tareas domésticas en manos de los sirvientes, la mujer está todo el día ocupada en el quehacer. Por consiguiente, parece ser que la falta de entusiasmo por vivir o el aburrimiento que padecen las mujeres japonesas, no es un problema para las mexicanas.

Conclusión

Durante el año que viví dentro de una cultura tan heterogénea como la mexicana, surgió en mí la necesidad de replantearme la cuestión de la sociedad y la mujer japonesas, que antes me parecía tan clara. Sin embargo, resulta muy difícil intentar proponer cambios en Japón, o siquiera decir qué sería lo deseable. Sin lugar a dudas, desde nuestro punto de vista, la pobreza, los problemas y la insalubridad deben ser superados en México. Pero también es cierto que la japonesa es una sociedad que confía todo a científicos, especialistas y máquinas,

y en donde las propias manos ya no se ocupan ni de las cosas más elementales. No creo que una sociedad cuyos seres se van alejando cada vez más de la naturaleza resulte satisfactoria. ¿Es inevitable que el aspecto positivo de la modernización conlleve otro negativo? ¿Es quizá imposible que una sociedad autocontrole su vida sin perder los lazos con la naturaleza, mientras disfruta de cierto grado de abundancia y beneficios? Las japonesas, al depender de la racionalización y de la electricidad, queremos reducir, en la medida de lo posible, nuestra responsabilidad en los quehaceres del hogar, aunque nos negamos a aceptar la excesiva cantidad de productos contaminados y de comidas procesadas. Nos parece bien que se tome en cuenta al ama de casa, pero nos negamos a aceptar la responsabilidad de la mujer dentro del hogar. En conclusión, podría decir que el planteo de estas contradicciones es el resultado de mi benéfica experiencia en México.